

desde el tiempo del grande Constantino; y en esta iglesia de santa Inés se bendicen todos los años dos corderitos vivos, de cuya lana se forma el *palio*, que los Papas envian á los arzobispos.

LOS SANTOS FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA, AUGURIO Y EULOGIO, MÁRTIRES.



S. FRUCTUOSO, O. Y M.

AUNQUE de S. Fructuoso, uno de los obispos mas célebres que han florecido en la Iglesia de España, no nos consta cosa cierta en orden á su patria, sus padres, ni primera educacion; porque los escritores de sus Actas solo nos dicen de su glorioso martirio: con todo, por la dignidad á que fué elevado en los primeros siglos de la Iglesia, en que solo atendian los cristianos al mérito personal de los obispos para elegirles en tan alto ministerio, podemos inferir la pureza de la fe, y la justificacion de la conducta de este héroe verdaderamente digno de los mayores elogios.

Movieron los emperadores Valeriano, y Galieno contra la Iglesia una de las mas crueles persecuciones que padeció en tiempo de los Gentiles; pero no satisfecho su implacable furor con que fuese Roma el teatro mas sangriento donde se sacrificaban cada dia innumerables víctimas de inocentes cristianos, sin otra causa que la de no rendir sacrilegas adoraciones á las vanas estatuas representativas de deidades quiméricas, despacharon por todas las provincias del Imperio ministros autorizados con el título de presidentes, ó de gobernadores, con el impío designio de extinguir si pudiesen el cristianismo. Vino á España por gobernador de la provincia de Tarragona Emiliano, hombre de condicion cruel, empeñado como el que mas de los paganos en sostener á toda costa el culto de los dioses romanos: y apenas llegó á aquella ciudad, que era la capital de su departamentó, hizo publicar los acostumbrados bandos por los que se prevenia á todos los vasallos del Imperio, que ofreciesen sacrificios á los ídolos só pena de padecer los tormentos mas crueles.

Supo este tirano los progresos que hacia en la Religion Cristiana el obispo Fructuoso con sus dos diáconos Eulogio y Augurio, y graduando sus procedimientos por un desprecio criminalísimo de los Príncipes del mundo, dió orden á sus ministros Aurelio, Festucio, Helfo, y Polencio para que pusiesen en prision inmediatamente al venerable Prelado. Llegaron á la casa de Fructuoso un domingo, en tiempo que se habia retirado á descansar, concluida la liturgia salmodia, y mística, esto es, los

oficios, y sacrificios divinos acostumbrados en semejantes dias entre los fieles: y sintiendo el estrépito de los emisarios que venian en su busca el ilustre Prelado, salió á recibirlos descalzo, y les saludó con la mas atenta cortesania. Quedaron atónitos los ministros al ver la serenidad, la mansedumbre, y la dulzura del Santo, y notificándole la orden del gobernador, les pidió permiso para ponerse el calzado. Diéronselo con efecto; pero como sus deseos no eran otros que aspirar á la gloria del martirio, partió con los emisarios acompañado de sus dos diáconos á ofrecerse víctima al Señor, á quien suplicaron se dignase recibir el sacrificio de sus vidas.

Pusieron en la cárcel pública á los tres ilustres héroes de la Religion Cristiana, y manteniéndose en ella por espacio de seis dias, no cesaron los fieles de concurrir por el dia, y por la noche á ver á su Santo Prelado: que renovando su celo verdaderamente apostólico en aquella ocasion, animaba á todos los cristianos á que se mantuviesen constantes en la fe sin temor de los tormentos transitorios de los enemigos de ella, que era á cuanto podia estenderse el poder, y las facultades de todos los paganos. Mandó Emiliano que se presentasen los tres reos á su tribunal en el viernes inmediato al domingo de su prision, y dando principio al interrogatorio usado en estos casos, les preguntó: *¿Habeis oido lo que tienen mandado los Emperadores Romanos? Yo lo ignoro*, respondió Fructuoso, *pues soy cristiano. Los Principes del mundo*, continuó el gobernador, *tienen mandado que todos los vasallos de sus dominios tributen culto á los dioses romanos. Pues yo solo le doy*, contestó el Santo, *al único Dios verdadero, Criador del cielo, y de la tierra. Sabeis que hay dioses?* siguió el tirano; y respondiendo Fructuoso que ignoraba hubiese muchos dioses, le amenazó con que despues lo sabria.

Concluido este pasaje, quedó el Santo Prelado en una agradable suspension orando dentro de sí, y convertido Emiliano á Eulogio, le preguntó: *¿Y tú á quién das culto? ¿por ventura á Fructuoso?* *Yo no le doy á éste*, respondió el Santo Diácono, *sino al mismo Dios Omnipotente á quien le da Fructuoso*: lo que contestó Augurio reconvenido con igual pregunta.

Conoció el gobernador por el interrogatorio la invencible constancia de los tres valientes militares de Jesucristo, y pareciéndole que para obligar á unos hombres de aquel carácter, tendria mas eficacia la suavidad que la fuerza, se valió de todos los artificios que pudo sugerirle una aparente ficcion, ofreciéndoles ventajosas promesas con tal que obedeciesen los edictos imperiales; pe-

ro el horror que les causó la impiedad á que queria precisarles, y la heroica constancia con que se negaron á cometerla, redobló la furia, y la crueldad del tirano en terminos, que pareciéndole que tardaba en castigar su osadía, pronunció la sentencia siguiente: *Mando, que Fructuoso, Eulogio, y Augurio sean quemados vivos, porque resisten prestar sacrificio á nuestros dioses.*

No alteró la inicua providencia la tranquilidad de los tres Santos, antes bien llenos sus corazones de un extraordinario gozo, lo manifestaron en sus semblantes al considerarse dignos de padecer por amor de Jesucristo. Como Fructuoso era tan amado de todos por la justificacion de su conducta, se lamentaban de su injusta muerte no solo los cristianos sino los mismos gentiles. Quisieron los fieles cuando lo llevaban al suplicio suministrarle algun confortativo; pero como el Santo era tan observante de la abstinencia en los dias de ayuno, como lo era aquel viernes, en los que no acostumbraban los primitivos cristianos tomar alimento hasta la hora de nona, rehusó tomar la bebida aromática que le ofrecian, diciéndoles: que no era tiempo de quebrantar el ayuno. Llegaron los tres ilustres confesores al anfiteatro, donde estaba preparado el fuego para el sacrificio, y suplicando al Santo Prelado cierto cristiano llamado Felix que se acordase de él cuando estuviese en la presencia de Dios, le contestó: que tenia en su mente toda la Iglesia dilatada desde el Oriente hasta el Occidente; cuya admirable respuesta celebró el Padre S. Agustin en un panegirico de los gloriosos mártires, con el elogio de que á ninguno exceptua el que ora universalmente por todos.

Crecia el llanto de los cristianos cuanto mas se acercaban los instantes del injusto suplicio de su venerable Padre, y queriendo éste templar el dolor de su amado rebaño, les profetizó: que jamás les faltaria Pastor católico que mirase por su grey; cuyo vaticinio se cumplió literalmente. Arrodilláronse los tres héroes sobre la leña de la hoguera que ya principiaba á arder, y abrasando el fuego los cordeles con que tenian amarradas las manos antes que hiciese su efecto en los venerables cuerpos, estendiendo los brazos los Santos en forma de cruz, se mantenian en esta postura de inmolacion entre las llamas, fijos los ojos en el cielo, alabando, y bendiciendo al Señor con la misma alegría que Ananias, Azarias, y Misael en el horno de Babilonia. Bien acreditó Dios en todo el tiempo que conservó sin lesion á sus siervos, que su infinito poder podria librarlos del incendio cuando así fuese su voluntad; pero como ésta era la de aceptar el sacrificio de aquellas víctimas agradables, probadas por

el fuego, y encontradas sin mancha, permitió que quedasen reducidas á cenizas en el día 21 de enero del año 262.

No tardó el Omnipotente en manifestar la gloria de los ilustres mártires con portentosas maravillas: en el momento que espiraron, estando viendo el lastimoso espectáculo Babilon, y Migdonio familiares del gobernador con una hija de éste, vieron subir á los cielos las almas de los tres Santos conducidas por los ángeles. Dieron noticia á Emiliano para que viese esta dicha; pero el Señor no quiso que fuese testigo de aquella felicidad en pena de su injusto atentado.

Concurrieron los cristianos por la noche al lugar del suplicio ansiosos de recoger las reliquias de los venerables mártires, y llevando cada uno las que pudieron haber, se les apareció san Fructuoso, y les mandó: que recogiéndo las todas, las colocasen juntas en un depósito; lo que hicieron prontamente en casa de cierto cristiano llamado Rogaciano, refiriendo cada uno la vision que habia tenido del Santo llenos de extraordinaria alegría. Tambien aparecieron los tres gloriosos mártires al séptimo día de su pasion á Emiliano, y reprendiendo su abominable ceguedad, le dieron á entender lo en vano que se habia fatigado en darles muerte corporal, cuando sus almas gozaban de la vision beatífica; de la que estaban privados los idólatras miserablemente engañados por el demonio en los cultos, y en las ridículas supersticiones que le tributaban en las estatuas bajo el velo de quiméricas deidades.

La oracion de la Misa es la que se sigue:

Todo poderoso y sempiterno Dios, que escoges lo mas flaco del mundo, para confundir á lo mas fuerte; concédenos por tu clemencia, que los que hoy celebramos la fiesta de la bien-

aventurada virgen y mártir santa Inés, experimentemos cuanto poderosa es su intercesion para contigo. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 51 del Libro del Ecclesiástico.

Rey y Señor, yo te confesaré y te alabaré por Dios Salvador mio; yo daré gracias á tu nombre, porque fuiste mi auxiliador y protector: libraste mi cuerpo de la muerte, del

lazo de la lengua inicua, y de los labios de los falsarios; y por cuanto te declaraste mi defensor á presencia de los enemigos que me circundaron. Tú me libraste segun la muche-

dumbre de la misericordia de tu nombre de los que rugian preparados á devorarme: de las manos de los que procuraban quitarme la vida: de las puertitas de las tribulaciones que me circundaron: de la opresion de las llamas que me circulaba, sin que me abrasase en medio del fuego: de la profundidad del infierno: de la lengua impura, palabra falsa, Rey inicuo y lengua injusta. Mi alma alabaré al Señor hasta la muerte: porque salvó á los que en ti esperan, y los libras de las manos de la afliccion, Señor Dios nuestro.

REFLEXIONES.

¡De cuantos peligros nos ha librado el Señor! ¡Cuántas gracias le hemos rendido por estos beneficios? ¡Cuántas le rendimos el día de hoy?

Retrocedamos con la consideracion á los primeros años de nuestra edad, á aquellos dias inmediatos á los primeros en que comenzamos á vivir. ¡Cuántos invisibles socorros en mil peligros presentes! ¡Qué secreta providencia en cien encuentros! Si pudiéramos traer á la memoria toda la historia de nuestra infancia, y de la edad mas avanzada; si fuéramos capaces de desenvolver toda la interior economía; descubriríamos sin duda cien pequeños milagros obrados en nuestro favor. ¿Y quién se acuerda de dar gracias al Señor, y de mostrarle su reconocimiento? Algun día conoceremos de qué consecuencia fueron todos esos beneficios, cuando conozcamos el daño que nos hizo nuestra ingratitud á ellos. ¿Será ya tiempo de dar gracias á Dios por tantos favores?

Grande es sin duda la proteccion del Señor en los peligros de la vida. ¿Pero será menor la que esplica con tanta frecuencia, librándonos de los del alma? Oh, y con cuanta razon podemos exclamar con el Sabio: *Librásteme, Señor, segun la multitud de tu misericordia, de los leones rugientes, que cercándome por todas partes procuraban devorarme.* Si Dios es nuestro defensor y nuestro protector, ¿quién nos podrá dañar? Una gran confianza en Dios, cuando es sostenida por una grande inocencia, ó á lo menos por una penitencia constante, y por un deseo sincero de no negar nada á Dios, es una poderosa, es una fuerte triacera. El Sabio tenía poco mas ó menos los mismos enemigos que nosotros, la misma violencia de pasiones, los mismos falsos amigos, las mismas injusticias de parte de los concurrentes, la misma malignidad de los envidiosos, los mismos artificios de los disimulados, todos falaces, todos temibles, las mismas mordeduras de los calumniadores,

la misma crueldad, las mismas injusticias. En medio de todos estos peligros, rodeado de todos estos enemigos está seguro á la sombra de la proteccion divina. No son hoy mas frecuentes las tempestades, que lo eran entonces; ni son las adversidades mas abundantes. Los escollos son los mismos; el brazo del Señor no se ha encogido; su misericordia no se ha debilitado: ¿pues de dónde nace que no esperitemos la misma proteccion? ¿No será quizá, porque nosotros no nos gobernamos por los mismos principios? Sirvamos á Dios con fidelidad; coloquemos en él toda nuestra confianza, vivamos como los Santos; y como ellos bendicirémos al Señor, porque nos ha librado de las aflicciones que iban á oprimirnos, de las llamas que nos cercaban, y del mismo infierno, que nos estaba esperando con la boca abierta. Sirvamos á Dios con fervor: adoremosle en espíritu y en verdad: amémosle sin reserva; sin tibieza; y entonces todas nuestras acciones, todos nuestros sentimientos, y aun nuestras mismas inclinaciones alabarán á Dios hasta la muerte.

El Evangelio es del capítulo 25 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo recomendaba á sus discipulos la vigilancia para conseguir el Reino de los Cielos, habló con la siguiente parábola: Este es semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al Esposo y á la Esposa: de éstas cinco eran necias y cinco sabias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas no previnieron aceite consigo: por el contrario las sabias, juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando en venir el Esposo se adormecieron todas y quedaron dormidas; pero á la media noche se oyó un clamor (que decia): Ved que el Esposo viene, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas

vírgenes, y acomodaron sus lámparas: las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. No sea caso, respondieron las sabias, que el que tenemos no baste para nosotras y vosotras: id mas bien á los que lo venden, y compradlo para vosotras. Interim fueron á comprarlo vino el Esposo, con quien entraron á la sala de las bodas las que se hallaban dispuestas, y se cerró la puerta. Ultimamente vinieron las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos; pero les respondió: En verdad os aseguro que no os conozco. Velad pues, porque ignorais el dia y hora de mi venida.

MEDITACION.

De la verdadera sabiduria.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la verdadera sabiduria consiste en hacerse santo: cualquiera otra ciencia, ó cualquiera otra habilidad no merece el nombre de esta virtud. Todos esos hombres grandes, cuya memoria hace tanto ruido en el mundo, y cuyo nombre brilla tanto en la historia, si se condenaron, fueron sabios de perspectiva. Celebre en buen hora el mundo sus ideas, sus pensamientos, sus enfáticas, y muchas veces sus aéreas locuciones; pero desengañese, que la sabiduria verdadera, propiamente hablando, no es otra que la ciencia de la salvacion.

¿No habla en este sentido el Sabio, cuando dice que el número de los necios es infinito, y que hay pocos que posean esta verdadera sabiduria? Toda nuestra prudencia, todo nuestro ingenio se reduce á apacentarnos de quimeras; y toda la vida se pasa en edificar sobre arena movediza, obras que el menor movimiento, el mas ligero soplo las reduce á nada.

¿Será sabiduria, será prudencia, el trabajar para los otros? Y un cuarto de hora despues de la muerte, ¿de qué servirán los bienes que se juntaron con tanta fatiga? ¿Será sabiduria, será prudencia el tener las lámparas encendidas; pero sin advertir que se va acabando el aceite? ¿Y será tiempo de hacer la provision cuando se está ya de partida para la eternidad?

¿Será sabiduria, será prudencia abandonar el único negocio, para el cual estamos en este mundo, y solo darse priesa, afanarse mucho, cuando no se está para hacer nada? Y con todo eso está es la conducta ordinaria de los que en el mundo pasan por hombres sabios, por hombres de conducta. ¡Qué gran locura! pensar en todo, dar providencia á todo, tomar justas medidas para todo, excepto para la salvacion. El infierno está lleno de estos sabios de mojíganga. *Utinam saperent, ac novissima prœviderent.*

¡Ah Señor! ¿y no aumentaria yo el número de ellos, si vos no me hubierais conservado la vida hasta hoy? ¿Pero qué no mereceré, si desde luego no me hago sabio verdaderamente?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es mucha necedad no pensar mas que en una fortuna imaginaria, que eternamente la hemos de mirar como tal: que sabemos nada tiene de permanente, na-

da de sólido, que ni tampoco está en nuestra mano, y apenas se deja ver, cuando desaparece; al mismo tiempo que nada hacemos por una fortuna eterna, estando persuadidos á que nuestra condenacion será obra precisamente nuestra. ¡Cosa estraña! Aquello que ha de ser materia eterna de nuestro dolor, y de nuestro arrepentimiento, eso es lo que ocupa todo nuestro corazon, y ese es el objeto de todas nuestras atenciones.

Las virgenes necias no por eso dejaban de ser virgenes; y si fueron condenadas, no lo fueron por el desórden de su vida. Tampoco fueron negligentes en todas sus obligaciones: pensaban alguna vez en que el Esposo habia de venir. Figura vivísima de aquellas almas insensibles y perezosas, que nunca miran mas que á una parte de la ley, y que no ignoran del todo su religion. Siempre con algunos deseos de romper aquel lazo, de corregir aquel natural, de domar aquella pasion, de ser mas regulares, mas devotas. Siempre ocupadas en vanos proyectos de conversion, pero siempre las mismas. Presto se duerme enteramente el que está medio soñando. A la llegada del Esposo, cuando llama á la puerta, todos despiertan, el fervoroso y el tibio. Pero dichoso aquel que tiene hecha con tiempo su provision. ¿Mas será tiempo de hacerla, cuando ya es preciso presentarse delante del juez? ¿Y no es locura esperar ser prudente, ser sabio de repente, el que toda la vida dió la prueba mas visible de una insigne necedad? Los hijos del siglo son muy hábiles en proporcionar los medios para conseguir sus fines, aun cuando el fin que se proponen los conduzca á su perdicion. ¿Y será posible que solo en materia de la salvacion eterna han de ser estúpidos y zurdos?

¡Ah! ¡y qué prudente fué la tierna doncellita Sta. Inés! A la edad de trece años desprecia generosamente por amor de Jesucristo, hermosura, juventud, nobleza, tesoros, grande fortuna, y la vida misma. Persuadida de las verdades de la religion, juzgó que no debía tomar otro partido. Fué prudente: fué sabia. ¿Cuándo me harán fuerza estas reflexiones? ¿Cuándo me moverá este bello ejemplo?

Señor, aunque estoy persuadido, aunque estoy convencido de lo que debó hacer, nada puedo sin vuestra divina gracia. Yo os la pido, ó dulce Jesus mio, resuelto á dar principio desde este mismo momento al estudio de la sabiduría cristiana, que consiste en trabajar eficazmente y sin tardanza en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS. — Dame, Señor, aquella verdadera sabiduría

que descende de vos, aquella que os hace perpetua compañía en vuestro trono. (*Sap. 9.*)

Toda la sabiduría consiste en temer, y en servir á Dios. (*Eccl. 1.*)

PROPOSITOS.

1 Forma un concepto cabal de la verdadera sabiduría, y está plenamente convencido á que solo son verdaderamente sabios los que saben salvarse. Para esto de aqui adelante no te has de gobernar por otro principio: y cuando te hayas de empeñar en alguna cosa, cuando hayas de emprender algun negocio serio, cuando hayas de parecer hombre prudente en el mundo, nunca dejes de preguntarte á ti mismo: Y bien, ¿qué parte tiene en esto mi salvacion? ¿qué interesa la religion en esta empresa, en este negocio, en este empeño?

2 El hombre prudente siempre toma medidas seguras para llegar á su fin. Guárdate bien de forjarte una conciencia falsa en negocio de tanta consecuencia. Huye con horror de todo libro sospechoso. El veneno, cuanto es mas sutil, es mas mortal, y el mas disimulado es el mas digno de temerse. Aunque el licor sea dulce, y aunque sea muy grato al paladar, aunque le apetezcan y le alaben innumerables gentes, si tiene veneno, es pernicioso. Haz un firme propósito de no leer jamás libro condenado. Si no descubres sus errores, por lo mismo serán quizá mas malignos. Le tiene condenado el Papa: ¿pues qué insolencia, qué impiedad será no rendirse á una órden de superior tan legítimo? Aunque tengas licencia, ó aunque tengas privilegio para leer libros prohibidos, no por eso será su doctrina mas sana ni mas santa: libraráste del pecado y del castigo; ¿pero te librarás del peligro? ¡Cosa estraña! A la menor sospecha que se tenga de peste, de contagio, quedan desiertas las ciudades mas pobladas. El oráculo de la verdad declara que una obra está emponzoñada, y no se quiere creer que haya tal ponzoña. Retírate cuidadosamente de toda persona sospechosa en la doctrina; y sobre todo huye de todo director, de todo confesor laxo, contemplativo, nimiamente indulgente. Cuando se trata del negocio de la salvacion, no sobran precauciones, ni medidas, ni se puede decir sin temeridad, que se toma un camino demasíadammente estrecho.